

GIUSEPPE BELLINI

## DOS GENERALES EN SU LABERINTO

A pesar de que la novela de la dictadura hispanoamericana tiene siempre, o casi siempre, como protagonista a un militar, dos autores, Arturo Uslar Pietri y Gabriel García Márquez, en los últimos decenios han vuelto al tema, centrandó su narración sobre dos militares, dos generales, de categoría y significado distinto, se entiende, ambos venezolanos: Juan Vicente Gómez y Simón Bolívar. Después de la serie singular de novelas hispanoamericanas dedicadas a denunciar la dictadura en los años 1972-1975<sup>1</sup>, el venezolano Uslar Pietri publica, en 1976, su novela, *Oficio de difuntos*, proponiendo el tema del poder en su país, más cerca en este sentido de *Yo el Supremo*, de Augusto Roa Bastos, pues, a pesar de disfrazar los nombres de sus personajes bajo otros ficticios, consta perfectamente en la narración que se trata de personas realmente existidas y de un período histórico bien definido, el que vió la toma del poder en Venezuela de parte del general Cipriano Castro antes y sucesivamente del general Juan Vicente Gómez, protagonista principal del libro.

Existe, pues, una diferencia clara entre la novela anterior dedicada a la denuncia de la dictadura y el texto de Uslar Pietri: se trata ahora de una novela histórica, vuelta significativa a un género que parecía desde hacía tiempo superado, confinado en la época decimonónica y que, al contrario, florece de nuevo, en forma y con intenciones diversas; fenómeno sobre el cual ya se ha insistido bastante. Por otro lado, el tema histórico resulta preferido por Arturo Uslar Pietri: *Las lanzas coloradas* (1931), *El camino del Dorado* (1948), *Un retrato en la geografía* (1962), *Estación de máscaras* (1964), se centran en fi-

---

<sup>1</sup> Cfr. las novelas de Alejo Carpentier, Demetrio Aguilera Malta, Gabriel García Márquez y Augusto Roa Bastos en particular. Ver sobre el tema G. Bellini, *Il mondo allucinante. Da Asturias a García Márquez, studi sul romanzo ispanoamericano della dittatura*, Milano, Cisalpino-Goliardica, 1976.

guras y momentos significativos de la historia nacional de Venezuela, a partir de Lope de Aguirre y su rebelión contra el rey de España Felipe II, hasta llegar a la gesta de la Independencia y las transformaciones todavía recientes del país, en los años 1936-1948.

Por otra parte, bien se puede afirmar que existe una tradición en la narrativa venezolana que contempla el tema político, tan candente siempre en la historia del país: Rufino Blanco Fombona con sus novelas *El hombre de hierro* (1907), *El hombre de oro* (1915), *La bella y la fiera* (1931), Pio Gil con *El cabito* (1909), José Rafael Pocaterra con *El Doctor Bebé* (1917) constituyen antecedentes significativos, y no dejarán de tener su influencia también en otros novelistas venezolanos, de Rómulo Gallegos a Miguel Otero Silva.

Carmen de Mora ha escrito que, al contrario de Rafael Pocaterra en sus *Memorias de un venezolano de la decadencia*, Arturo Uslar Pietri “lejos de denunciar los horrores de la dictadura gomecista”, recrea, a través de la personalidad y la sicología de Gómez el vacío histórico de Venezuela en el largo período de su dominio absoluto, 1900-1935<sup>2</sup>. Verdad parcial, se entiende, puesto que el novelista cuando estudia a Juan Vicente Gómez denuncia explícitamente su sistema, la progresiva deformación del personaje en hombre todopoderoso, que se identifica de manera abnorme con el país, donde nada llega a moverse sin su decisión personal. Y tanto es así que en vísperas de su muerte, una muerte que, absurdamente, muchos habían llegado a pensar imposible, tantos eran los años de su presencia en el poder, se difunde un pánico general:

“En los días anteriores a la muerte del presidente las ciudades comenzaron a quedarse vacías de noche. Aquello recordaba los tiempos de la peste. No se veía un alma por las calles oscuras. A ratos pasaba una patrulla de la policía montada y los cascos de las cabalgaduras resonaban ominosamente dentro de las casas. Sonaba el teléfono y todos se precipitaban en espera de alguna noticia terrible. Una señal de que la gran kermesse de muerte y destrucción había comenzado. [...]”<sup>3</sup>.

Una paz de casi treinta años había sido la obra mayor de Gómez, una paz impuesta al precio de castrar toda ambición de cambio, todo respiro de la nación. La gente, escribe el novelista, se había acostumbrado a no pensar, había delegado, al final, en el general todas sus voluntades, como ocurre en las dictaduras de larga duración. Pero, con la muerte del dictador todo cambiaría:

---

<sup>2</sup> C. De Mora, “Introducción” a A. Uslar Pietri, *Oficio de difuntos*, Madrid, Espasa Calpe, 1988, p. 41.

<sup>3</sup> A. Uslar Pietri, *ob. cit.*, p. 56.

“[...] tenía que terminar aquel orden tan personal que él había impuesto, tan hecho a su imagen, tan vinculado a su carácter, a su vida, a su presencia física. Había un jefe y era únicamente aquel que ahora yacía muerto ante un país lleno de temores e impacencias”<sup>4</sup>.

Como si con su entierro debiera desaparecer todo el vasto mundo sobre el cual Gómez había dominado, estableciendo entre sí y el país “una especie de insoluble amalgama, de integración mágica”<sup>5</sup>, un mundo que, paulatinamente, el general había transformado en prolongación de su persona, en propiedad personal, que nadie podía atreverse a insidiar en su ordenado vivir, un orden fundado en la fuerza, la astucia, la desconfianza, en la opresión más dura, que había llenado las cárceles de presos políticos u obligado al destierro a los contrarios.

Con este cuadro singular Arturo Uslar Pietri denuncia, desde el comienzo de su novela, abiertamente los delitos del “hombre fuerte” y presenta la muerte del general como lo que es en realidad, la liberación de una larga pesadilla:

“Lo que acababa de ocurrir era como abrir compuertas, como desatar sogas, como romper diques, para que todo lo represado se desbordara, para que todo lo contenido brotara, para que todo lo callado se convirtiera en grito, para que aquellos hombres refrenados que apenas se expresaban por miradas se soltaran en tropel de asaltos y de alaridos para decir y hacer en una hora lo que habían estado esperando durante una vida de silenciosa opresión”<sup>6</sup>.

El período de gobierno del general Juan Vicente Gómez es considerado un largo momento oscuro en la historia venezolana. Rufino Blanco Fombona, denunciador incansable del tirano, en patria y desde el destierro europeo, después de haber salido de la cárcel, define al personaje “expoliador y asesino de Venezuela”<sup>7</sup>. Desde el punto de vista económico, sin embargo, en los últimos años del “gomecismo” el país comienza a transformarse, con el descubrimiento y la explotación del petróleo, pasando de una economía exclusivamente de tipo agrario a ser fuente de abastecimiento para la industria extranjera. Pero, durante los ya numerosos años de poder del caudillo Venezuela, se había cerrado al exterior, en una suerte de hibernación impuesta, donde reinaba orden y disciplina, en menoscabo de la libertad. El país había pasado a ser una inmensa hacienda, que Gómez gobernaba con puño de hierro, decidido a preservarla de la anarquía y de cualquier tentación de rapiña de parte de los muchos militares y politiqueros, a quienes despreciaba profundamente.

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 62.

<sup>7</sup> R. Blanco Fombona, *Camino de imperfección*, ahora en A. Rama, *Rufino Blanco Fombona íntimo*, Caracas, Monte Avila, 1975, p. 176.

A la hora de la muerte del general asombra que tanto poder haya podido ejercitarlo una sola persona, cuando su cuerpo revela ahora toda su miseria. El narrador insiste hábilmente sobre este contraste y nos presenta al cadáver de un hombre destruido por la enfermedad, vaciado de todo vigor. Eficazmente Uslar Pietri insiste sobre el espectáculo:

“Estaba muerto el general. Había cerrado los ojos oscuros y penetrantes, la atezada cara había empalidecido, el bigote gris había blanqueado, el cuerpo se había ido vaciando de materia como un saco de arena roto. Los que lo habían visto en su larga agonía decían que parecía otro. Más pequeño, más delgado, casi frágil. Todo el imponente aspecto de fuerza había desaparecido, todo el imperio de la mirada y de los gestos se había ido borrando hasta convertirse en una débil y esfumada semblanza de lo que había sido”<sup>8</sup>.

Es el gran triunfo de la muerte, la denuncia de la vanidad del poder humano. Pero Arturo Uslar Pietri, denunciando la perversión de la dictadura, no deja tampoco de subrayar las responsabilidades de las *élites* y de las masas populares en el triunfo del caudillo y en su permanencia en el mando. Al golpe de estado, aprovechando el viaje a Europa, para curarse de una enfermedad, del general Cipriano Castro, hombre corrupto, mujeriego, desconfiado y sin ideales, un grupo de políticos ambiciosos anima a Gómez a sustituirle en el poder, pensando dominarle. Son personajes mezquinos, antiguos enemigos derrotados, viejos adversarios sin ideas ni energía, a quienes, una vez en el poder, el general domina fácilmente. Será un juego del gato con el ratón, hasta que llega Gómez a tener todo el poder, que funda sobre el apoyo de un ejército moderno, atentamente cuidado, bien pagado y fiel, sobre el cual el general ejerce una verdadera fascinación, debido a sus aciertos militares y a sus victorias sobre sus adversarios.

No dejará nunca Juan Vicente Gómez de representar la comedia de una aparente democracia, del respeto a la Constitución: varias veces se alejará del ejercicio directo del poder nombrando sustitutos de ningún relieve o gente de incondicional confianza, conservando siempre saldamente en sus manos el mando del ejército, gobernando así realmente desde su retiro agreste. El novelista le hace pronunciar al protagonista una frase que lo explica todo con gran cinismo: «A mí no me importa la presidencia para recibir diplomáticos y asistir a recepciones y ponerse levitas apretadas. A mí lo que me interesa es el mando y ese lo tengo aquí con el ejército»<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> A. Uslar Pietri, *ob. cit.*, pp. 57-58.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 254.

En una de sus últimas investiduras, llamado como a salvar a la patria por sus partidarios políticos y por el pueblo sugestionado, el hombre, a quien le gustaba afirmar que ahí estaba solo para poner orden, es aclamado en el Senado, vitoreado por las calles, llevado en triunfo: "Al salir, la masa humana rompió las filas y el presidente siguió por las calles, a pie, en medio de aquella apretura viviente. Alzaban voces y manos abiertas"<sup>10</sup>.

La comedia va más allá de lo que se había planeado y no es difícil aceptar que el dictador se sintiera electo por aclamación universal: «Este es el pueblo trabajador que me aprecia»<sup>11</sup>, decía, olvidando a sus muchos opositores, varios de los cuales, como es natural, estaban encerrados desde hacía años en cárceles espantosas. Eran éstos, para él, los enemigos de la patria y era justo que sufrieran la pena por sus crímenes.

Hay que notar que el caudillo que nos presenta Uslar Pietri bajo el nombre de general Peláez, en realidad Gómez, es un personaje particular. En primer lugar es un "caudillo", no un político, y además nadie puede poner en duda su preocupación por el país, su pasión por la tierra, que va adquiriendo en grandes extensiones hasta los últimos días de su vida, como buen campesino que era en sus orígenes, antes de meterse a guerrillero y luego a militar y por fin a presidente. La vida de Gómez no se parece en nada, en la novela, a la de la mayoría de los dictadores latinoamericanos, corruptos, perdidos tras un ejercicio egoísta del poder, héroes de ocultas gestas eróticas. Dos mujeres, con sus hijos, comparten el corazón del poderoso, sin que nunca pensara casarse con ninguna. El ejercicio del poder, finalizado a la defensa de una construcción personal, no lo permitía, pues siempre había que estar alerta para conservarlo. Gómez sabe muy bien que "El mando no se puede dejar ni un momento"<sup>12</sup>. El mando, no la exterioridad del poder.

Sin embargo, tampoco el mando es eterno. Al hombre que ha alcanzado todo el poder lo acecha el desgaste inevitable de la edad, la muerte, que poco a poco avanza. Y antes un destino de soledad, producto de la instintiva desconfianza en los hombres, de la continua sospecha, frecuentemente justificada, pero que da, más que seguridad, tormento. Sin contar los lutos que una larga vida fatalmente conlleva: la desaparición de los pocos amigos, de familiares queridos, un hijo, en el cual el general ponía todas sus esperanzas de continuidad.

La soledad le hace más triste la vida al poderoso, mientras van debilitándose progresivamente sus energías y avanzan los achaques de la edad, tanto que

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 381.

<sup>11</sup> *Ibidem.*

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 248.

él debe imponerse a sí mismo, luchando contra la modorra que lo invade, los vacíos de la memoria, la pérdida de la vista, las dificultades de un organismo que funciona cada vez menos, acudir a un activismo que lo destruye, para que nadie se dé cuenta de su debilidad, mientras amigos y enemigos están acechando suspensos su próximo fin.

Insistiendo en estos motivos, poco a poco va creándose en la novela, hacia el final, un clima de gran tristeza, que vale casi a justificar las equivocaciones del hombre que se creyó salvador de la patria y perdió el rumbo, puesto que no supo interpretar las instancias verdaderas de su pueblo. Domina un insistente “memento” que, a pesar de todo, el caudillo se niega a aceptar, aferrándose cada vez más al poder, a su tierra, al ejército, cuyo mando tiene finalmente que dejar a uno de sus oficiales más jóvenes, aparentemente fiel, pero de quien el viejo caudillo profundamente desconfía.

En esto consiste su drama: la sospecha le destruye. Son días y meses de amargura, en los que el temor a ser destituido se une a las señales del agotamiento físico: “Dio un traspiés al levantarse del sillón. ¿ Lo habrían visto?”<sup>13</sup> Preocupación constante del viejo es que nadie se dé cuenta de su decaimiento, puesto que eso sería su pérdida. Y llega el momento de la agonía. En torno todo es espectación y temor: “No sólo en la alcoba del enfermo, sino en el país entero el tiempo pareció hacerse más lento y casi detenerse. Era como una larga víspera desesperadamente tarda”<sup>14</sup>.

Vanidad de las vanidades, la muerte como culminación trágica del gran carnaval, con la pérdida de todo.

Hábilmente el novelista conecta los últimos momentos del general con el comienzo de la novela, donde nos daba el anuncio trepidante de su muerte apenas ocurrida. La parte central del libro es la historia del ascenso del mandatario, hasta su muerte. La nota humana, la comprensión que domina las páginas finales de la novela no atenúa la denuncia del sistema que esclaviza a tantos hombres. En el telón de fondo del drama se mueve el fantasma del dictador anterior, vagabundo por todo el Caribe, en espera vana de la ocasión feliz para volver al poder.

¿Será atrevimiento interpretar la novela de Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto*<sup>15</sup>, dedicada a la figura de Simón Bolívar, “El Libertador”, como un nuevo aporte, en la narrativa, al tema de la dictadura? Recordaba Juan Calviño que para contrarrestar el proliferar de “banderías” de caudillos y

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, 389.

<sup>14</sup> *Ibid.*, 396.

<sup>15</sup> G. García Márquez, *El general en su laberinto*, Bogotá, La Oveja Negra, 1989.

“pequeños tiranos de todas las razas y colores”, el Libertador escribía al general Santander que “solamente un hábil despotismo” hubiera podido “regir” a América<sup>16</sup>. Por eso, según el crítico citado, Bolívar fue “quizá el primer autócrata ilustrado». En el Congreso de Cúcuta el general advertía: *Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un gobierno popular; es una amenaza inmediata a la soberanía nacional*»<sup>17</sup>.

En efecto, lo que nos presenta García Márquez en *El general en su laberinto* es el drama del poder, drama que atormenta a Bolívar en sus años últimos, cuando, después de tanto haberlo ejercitado con absoluto vigor, ha decidido improvisamente dejarlo, fastidiado por las intrigas innumerables de sus muchos enemigos, y hasta amigos, ofendido por la ingratitud y las tentativas de contrastar mezquinamente su autoridad. Un mundo de ingratitud lo rodea en Bogotá y el general decide, enojado, dejar con el mando a la ciudad: “‘Vámonos’, dijo. ‘Volando, que aquí no nos quiere nadie’”<sup>18</sup>.

Un cielo plomizo domina el momento: desde las tres de la madrugada del sábado 8 de mayo del año treinta está lloviendo; ni los gallos se oyen; pero no hay gallos, lo advierte su fiel servidor José Palacios: “‘No hay nada’, dijo el general. ‘Es tierra de infieles,’”<sup>19</sup>. Hasta los amigos son ya provisionales: “‘No tengo amigos’, dijo él. ‘Y si acaso me quedan algunos ha de ser por poco tiempo’”. “Pues están ahí afuera – le revela su fiel amante Manuela Sáenz –, velando para que no lo maten”, [...]”<sup>20</sup>.

Estamos ante un final de mayor momento que no el del general protagonista de *Oficio de difuntos*. La desilusión, el desengaño más destructor, acompañan los días finales de Bolívar. Gabriel García Márquez desarrolla con habilidad el motivo, ensanchando la dimensión humana del personaje, mientras lo va envolviendo en un halo mítico. A ello contribuye el misterio de sus decisiones, su enfermedad, el hecho de que nadie cree que pueda morir de un momento a otro, ni marcharse y dejar realmente el poder:

“Sus ayudantes militares sentían que los síntomas del desencanto eran demasiado evidentes en el último año. Sin embargo, otras veces había ocurrido, y el día menos pensado lo veían despertar con un ánimo nuevo, y retomar el hilo de la vida con más ímpetus que antes. José Palacios, que siempre siguió de cerca estos cambios imprevisibles, lo decía a su manera. ‘Lo que mi señor piensa, sólo mi señor lo sabe’”<sup>21</sup>.

---

<sup>16</sup> J. Calviño, *Historia, ideología y mito en la narrativa hispanoamericana contemporánea*, Madrid, Ayuso, 1988, p. 15.

<sup>17</sup> *Ibidem*.

<sup>18</sup> G. García Márquez, *ob. cit.*, p. 11.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 14.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 22.

La frase recurrente contribuye a la dimensión enigmática del personaje, perfectamente lograda. Nadie puede adivinar sus intenciones, pero él tampoco sabe ya tomar una decisión. Es la fin de un individuo que supo realizar una gesta grandiosa, y que ahora está en el ocaso de su vida, un ocaso temprano que marca más su condición de hombre entre los hombre.

La novela de García Márquez, por su manera de presentar a Bolívar, ha sido celebrada por unos y duramente criticada por otros, especialmente en Colombia, donde se ha visto en el autor una intención insultante hacia el héroe máximo de la Independencia, pero sobre todo por los ataques y las denuncias que el novelista hace en su libro contra personajes históricamente reales del séquito del Libertador, que le traicionaron por intereses personales y cuyos descendientes constituyen todavía la aristocracia del país. Lo mismo, más o menos, pasó en Venezuela, donde se gritó al escándalo, casi al sacrilegio contra la figura del “Prócer”, del “Padre de la Patria”, una patria que, por otra parte, se le mostró siempre desagradecida y contraria, hasta impedirle en sus últimos años el ingreso dentro de sus confines.

Pero, la intención del escritor colombiano en su novela no es la de empobrecer al mítico personaje, sino de reducirlo a estatura humana, quitándole botas y uniforme de gala, poniéndole en bata y pantuflas, para destacar mejor su condición de ser humano acosado por la envidia y las traiciones, por las mezquinidades de personajes ambiciosos que se entrometieron con astucia, y no pocas veces mediante el delito – valga el asesinato del mariscal Sucre – en los sueños utópicos bolivarianos.

A Simón Bolívar la narrativa hispanoamericana había dedicado ya algunos libros interesantes: recordaré entre ellos *La caballeresa del sol*, del escritor ecuatoriano Demetrio Aguilera Malta<sup>22</sup>. El libro inauguraba la serie de los “Episodios Americanos”, siguiendo el lejano ejemplo de los “Episodios Nacionales” de Pérez Galdós. La de Aguilera Malta es una novela histórica, donde el personaje principal es la amante ecuatoriana de Bolívar, Manuela Sáenz, una mujer de gran carácter, que le quedó fiel hasta más allá de su desventura y le defendió siempre con atrevimiento, desde Bogotá, contra enemigos y calumniadores, indiferente ya a las muchas traiciones afectivas del pasado: una verdadera heroína de la causa y del amor.

La figura de Manuela aparece de nuevo en *El general en su laberinto*, pero esta vez se queda en el telón de fondo y el héroe de la novela es exclusivamente Bolívar. García Márquez va tratando a su personaje con un amor que desconoce la piedad y acentúa las notas corrientes de una “humanidad” dominada por un destino funesto, el del caudillo cansado. La desilusión del poder

---

<sup>22</sup> D. Aguilera Malta, *La caballeresa del Sol*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1964.



se alía a la que procede de la pérdida del mismo. La enfermedad, los achaques de la decadencia, no hacen más que acentuar la “normalidad” de un individuo excepcional, que a pesar de su reducción al estado “llano” mantiene algo insólito que lo hace distinto de los demás. Si alrededor del Libertador cierran rangos los soldados fieles y si alguna tentativa de volver a dominar el curso de los acontecimientos se manifiesta con la vuelta improvisa, y extrema, a la guerra, el clima es definitivamente el de la irrepetibilidad de la historia. La exaltante aventura ha terminado para siempre. No asistimos al repetirse del milagro, puesto que ya en Bolívar falta la voluntad, convencido íntimamente de que todo es inútil y nada puede cambiar el curso de los acontecimientos.

Cuando el Libertador emprende su marcha hacia el destierro, hacia Cartagena de Indias, a orillas del Caribe, donde tendría que embarcarse rumbo a Europa – viaje que nunca realizará –, desde lejos le siguen, vigilando sus movimientos y los de su tropa, un ejército cansado, los soldados del gobierno colombiano, sospechoso siempre acerca de las intenciones del general. El pelotón que acompaña al Libertador se mueve, se detiene, al parecer sin rumbo fijo, como si quisiera despistar a los soldados del gobierno que lo espían, en realidad indeciso y más parece un entierro que un ejército en marcha.

En su largo merodear por las tierras colombianas Bolívar comprueba los cambios intervenidos y cuando llega a Cartagena, un tiempo ciudad llena de vida, se da cuenta de que los tiempos son otros:

“La población del recinto amurallado, convocada por un bando urgente, se había echado a la calle. Las tardes empezaban a ser demoradas y diáfanas en el solsticio de junio, y había guirnaldas de flores y mujeres vestidas de manolas en los balcones, y las campanas de la catedral y las músicas de regimiento y las salvas de artillería tronaban hasta el mar, pero nada alcanzaba a mitigar la miseria que querían esconder. Saludando con el sombrero desde el coche desvencijado, el general no podía menos que verse a sí mismo bajo una luz de lástima, al comparar aquella recepción indigente con su entrada triunfal en Caracas en agosto de 1813, coronado de laureles en una carroza tirada por las seis doncellas más hermosas de la ciudad, y en medio de una muchedumbre bañada en lágrimas que aquel día lo eternizó con su nombre de gloria: El Libertador.[...]”<sup>23</sup>.

Contraste eficaz entre los recuerdos de gloria y la realidad del momento. En un último arranque, hacia el final de sus días, el general parece reaccionar y vuelve a la guerra, después de haber resistido por tanto tiempo las insistencias de sus generales. Pero ya no es el caudillo de antes, sino un personaje mi-

---

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 173.

nado internamente, más que por la enfermedad que se agrava de día en día, por la desilusión. El Libertador ha entrado en un laberinto que no admite salida: el de la desesperanza. Su última campaña no verá éxito ninguno, sólo derrota.

Hacia el final de su novela el autor nos presenta a Bolívar a punto de morir, plenamente consciente de que “la loca carrera entre sus males y sus sueños llegaba en aquel instante a su meta final”<sup>24</sup>. Le rodean los objetos de su miseria: la última cama que obtuvo prestada, la toleta miserable “cuyo turbio espejo de paciencia no lo volvería a repetir”, el aguamanil de porcelana “descarhada”, con el agua y el jabón que ya servirían para otras manos, “la prisa sin corazón del reloj octogonal desbocado hacia la cita ineluctable del 17 de diciembre a la una y siete minutos de su tarde final”<sup>25</sup>.

Siempre García Márquez ha amado representar en sus obras a personajes llegados al ocaso de su vida, más humanos por su debilidad física, la vejez o la enfermedad. Los espectáculos del abandono, del desencanto, de la soledad ejercen sobre el escritor un atractivo intenso: lo atestiguan numerosos protagonistas de sus novelas: el viejo militar de *El coronel no tiene quien le escriba*, los persistentes amantes de *El amor en tiempos del cólera*, figuras inolvidables, hombres y mujeres, de *La hojarasca*, *La mala hora* y *Cien años de soledad*, el protagonista mismo de *El otoño del Patriarca*. Frente a Bolívar, aprovechando este clima final, el narrador destruye y reconstruye el mito: destruye el mito inhumano del héroe y construye el mito del hombre, personaje normal y excepcional a un tiempo, víctima injustificada de la ingratitud y la maldad. El lector participa de la condición amarga del héroe caído, siente íntimamente la distancia cruel entre la gloria del pasado y la miseria del presente. El personaje recupera así una categoría mítica, la del hombre desdichado que se dispone a morir:

“Entonces cruzó los brazos contra el pecho y empezó a oír las voces radiantes de los esclavos cantando la salve de las seis en los trapiches, y vio por la ventana el diamante de Venus en el cielo que se iba para siempre, las nieves eternas, la enredadera nueva cuyas campánulas amarillas no vería florecer el sábado siguiente en la casa cerrada por el duelo, los últimos fulgores de la vida que nunca más, por los siglos de los siglos, volvería a repetirse”<sup>26</sup>.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 266.

<sup>25</sup> *Ibidem*.

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp. 266-267.

Acaba así Simón Bolívar, prisionero de su laberinto, del cual no supo, o no quiso, salir, porque hubiera significado imponerse a su destino, destruir un ideal de legalidad sobre el cual había fundado, al fin y al cabo, su utopía. Nada tiene que ver el Libertador con Gómez, un tirano equivocado en su papel de regenerador de la patria, pero a su vez prisionero en un laberinto, el del poder absoluto.

Universidad de Milán.

